

# LA PROFECÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

En la plenitud de los tiempos se realizó aquella salvación en la que "centraron sus estudios e investigaciones los profetas que anunciaron la gracia que Dios os tenía reservada. El Espíritu de Cristo que estaba en ellos les dio a conocer de antemano lo que Cristo tenía que sufrir" (1Pe 1,10-11): aquella revelación plena del Padre, de la cual los antiguos videntes habían sido un reflejo y preludio: "Dios, después de haber hablado muchas veces y en diversas formas a nuestros padres por medio de los profetas, en estos días que son los últimos nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todas las cosas" (Heb 1,1s). En Jesús y con Jesús se inicia un nuevo diálogo de Dios con la humanidad; él es el enviado de Yhwh por excelencia, y continúa su acción profética en el mundo a través de sus portavoces.

1. CRISTO, EL MAYOR DE LOS PROFETAS. En el evangelio de Lucas el nuevo rabbi de Nazaret se presenta como el ungido por el Espíritu del Señor, predicho por los libros santos, que había de llevar a los pobres y a los oprimidos la buena nueva de la liberación y de la divina benevolencia: "Le entregaron el libro del profeta Isaías..., y encontró el pasaje en el que está escrito: 'El Espíritu del Señor está sobre mí..., me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres..., a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor'. Enrolló luego el libro, se lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó... Comenzó a decirles: 'Hoy se cumple ante vosotros esta Escritura'. Todos daban su aprobación, admirados de las palabras tan hermosas que salían de su boca" (Lc 4,17-22).

El Espíritu actúa, efectivamente, en él en el momento de la encarnación (Lc 1,35), en la inauguración de su ministerio (Lc 3,21s), durante toda su predicación (Lc 10,21; 11,20). Al escucharle y observar sus obras, la multitud no tiene la menor duda: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo" (Lc 7,16); él es más que Jonás y que Salomón (Mt 12,6.41); es el supremo profeta prometido en Dt 18,15, al que todos deben escuchar (Mt 17,5), y cuyas palabras no pasarán jamás (Dt 24,35); el que es la luz del mundo (Jn 1,4s), guía para la auténtica relación con Dios en espíritu y verdad (Jn 4,23), el único mediador de la revelación del Padre y de sus misterios (Mt 11,27; Lc 10,22; Jn 3,35), el unigénito que contempla desde siempre la esencia del Padre (Jn 1,18) y que nos revelará de manera única su insondable misericordia con la exigencia de una generosidad análoga en el corazón de sus hijos (Mt 7,1s).

Al igual que los grandes profetas, es impugnado por el orgullo y por la hipocresía humana, por quienes persiguen proyectos de autoexaltación y de prestigio. Rechazado, condenado por los jefes del pueblo, él, secundando un arcano designio

del Eterno, deja que el curso de los acontecimientos lo arrastre y lo aniquile. Pero en su humillación y luego en su resurrección se realiza de la forma más inimaginable la intuición "escatológica" de los videntes de Israel: la manifestación plena de la infinita trascendencia de Yhwh y de su inconmensurable solicitud por el hombre, el logro de la perfecta reconciliación y comunión de vida de toda criatura con su creador, la paz inalterable entre la tierra y el cielo.

En Cristo que, con sus "palabras de gracia" y sus gestos de bondad, con la aceptación voluntaria de la muerte y la gloria de su resurrección, con el don perenne de su cuerpo y de su sangre, nos revela un amor absolutamente gratuito e ilimitado a los hombres que le han rechazado, encuentra la profecía entera del AT su más alto cumplimiento, su culminación a la vez que su confirmación más válida.

No podían menos de provenir del mismo supremo director, a saber: del Espíritu de Dios, por una parte aquellas experiencias sobrehumanas, aquellas heroicas proclamaciones de santidad y de misericordia, aquella espera paciente e indefectible de una purificación interior, aquel plan de salvación definitiva para los descendientes de Israel y para todas las gentes, y por otra las fúlgidas realizaciones de estas perspectivas en la obra humilde y amable del rabbi de Nazaret, el más excelso descendiente de David, el rey pacífico de la paz, el signo de contradicción para las libres opciones del hombre, el más fiel de los "siervos de Yhwh", la víctima inocente de todos los pecados de la humanidad, el vencedor de la muerte y la irradiación misma del Padre, el supremo de los profetas.

Pero Jesús, al llevar a su más alto nivel la profecía, la encaminó por nuevos senderos. Al volver a la gloria que le correspondía desde toda la eternidad, y de la cual había hecho partícipes a sus hermanos (Jn 17,5s), quiso perpetuar su presencia invisible y dinámica en medio de los hombres hasta el fin del mundo: "Yo estaré siempre con vosotros" (Mt 28,20), y dirigiéndose al Padre: "Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor que tú me tienes esté en ellos y yo también esté con ellos" (Jn 17,26). "No os dejaré huérfanos... Yo pediré al Padre que os mande otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad... Él os lo enseñará y os recordará todo lo que os he dicho... Él os guiará a la verdad completa... Él me honrará a mí, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará" (Jn 14,16s.18.26; 16,13s).

Era la promesa de la bajada del Espíritu del Padre y del Hijo sobre el nuevo pueblo de Dios, nacido del corazón y de la sangre de Cristo: "Sabed que voy a enviar lo que os ha prometido mi Padre" (Lc 24,49). "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días" (He 1,5): era la realización de un antiguo vaticinio: "Después de esto, yo derramaré mi espíritu sobre todos los

hombres. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán... Haré aparecer señales en el cielo y en la tierra"(Jl 3,1.3). ¡Se inauguraba una gran nueva era profética!

2. LOS PROFETAS CRISTIANOS. En la época judeo-neotestamentaria existía la convicción de que, después de los últimos profetas clásicos, el Espíritu había abandonado Israel, reservándose volver en la venida de la era mesiánica.

Las manifestaciones carismáticas verificadas en las comunidades cristianas desde el día de Pentecostés (He 2) indujeron a los creyentes a hablar de un profetismo renovado.

Pedro ve en el fenómeno de las diversas lenguas de los apóstoles el cumplimiento de la predicción de Joel (He 2,16-21);

Otro tanto afirman los Hechos del primer apóstol por la eficacia de su palabra en los corazones de los judíos, por la osadía con que se presenta a los jefes de la nación, por la confirmación de sus previsiones por los acontecimientos (He 4,10.15).

Junto a él se nos indican como profetas otros varios personajes: los "profetas" que provienen de Jerusalén (He 11,27), uno de los cuales, Agabo, anuncia una gran carestía, que realmente tuvo lugar, y luego prefigurará con un gesto simbólico a la manera de los videntes antiguos el encarcelamiento de Pablo, usando la frase típica: "Así dice el Espíritu Santo..." (He 21,11).

Los "profetas" de Antioquía, un grupo de responsables que guiaban la comunidad y que, después de ayunar y orar, descubren a la luz del Espíritu la designación de Pablo y de Bernabé para la evangelización de Chipre y, por la imposición de las manos, les comunican aquella misión: "Mientras celebraban el culto del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: 'Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado'..., les impusieron las manos y los despidieron" (He 13,2s).

Están luego Felipe y sus hijas: de éstas se nos dice que "profetizaban" (He 21,9), probablemente en el sentido de 1Cor 14 y 11,4s (llevaban, como su padre, a las asambleas litúrgicas el carisma de una palabra inspirada e iluminadora); Felipe es un ardiente evangelizador de paganos, realizador de milagros; puede trasladarse prodigiosamente, como Elías, a distancia para iluminar con su inteligencia cristiana a un lector de oscuros pasajes proféticos del AT (He 8,5ss).

Bernabé, del grupo de Antioquía, es llamado "apóstol y profeta" (He 13,1) y hombre de la paráclisis (He 4,36), pues tiene el don de confortar, exhortar y animar (He 1,2s.25s).

Pablo no es mencionado nunca con el título de "profeta", pero nos presenta todas sus características. Tiene una absoluta certeza de su misión sobrenatural: es el fulgor de

Cristo resucitado que vino a ilustrarle cuando menos lo esperaba (Gal 1,11-17); el kerigma evangélico que lleva a los gálatas tiene el carácter de trascendencia que ni siquiera un ángel podría desmentirlo (Gal 1,6-10); muchas veces alude a las revelaciones y a los dones del Espíritu con que ha sido favorecido: "A nosotros nos lo manifestó Dios por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo penetra todo, hasta las cosas más profundas de Dios" (1Cor 2,10); en virtud de esta presencia interior lo puede él todo, funda establemente las primeras comunidades entre los gentiles, dirige las cuestiones relativas a la nueva vida en Cristo, comprendida la actividad carismática de los fieles (1Cor 14,37s).

En sus cartas especifica qué íntimo conocimiento se le ha comunicado del misterio de Cristo: la inescrutable riqueza del amor salvífico que hay que extender mediante la fe y la luz del Espíritu a todas las gentes, según el designio benévolo del Padre (Ef 1,7; 3,5), pues la nueva comunidad (la Iglesia) edificada por el Padre deberá tener siempre una solidísima piedra angular, que es Cristo Señor, y un fundamento indefectible, que son justamente los testigos de su vida y resurrección (apóstoles) investidos por el poder del Espíritu (profetas): "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles, la piedra angular de este edificio es Cristo Jesús, en el que todo el edificio, perfectamente ensamblado, se levanta para convertirse en un templo consagrado al Señor" (Ef 2,20s); Pablo ciertamente se considera entre ellos.

Así como los heraldos de Dios en el AT partían de la tórah y de la alianza desarrollando sus virtualidades con su experiencia e inteligencia sobrenatural, así ahora los enviados del Señor Jesús tienen la función de exponer y aclarar incesantemente el misterio de Cristo, que vivió en medio de nosotros, bajo el influjo de su Espíritu: apóstoles en cuanto testigos de su realidad histórica y gloriosa, profetas en cuanto confortados por la luz interior del Espíritu.

Otro gran profeta es el autor del / Apocalipsis (Juan evangelista o alguno de su séquito): recibe en éxtasis del Hijo del hombre la misión y los mensajes que ha de comunicar: "Oí detrás de mí una voz potente... que decía: 'Lo que ves escríbelo en un libro y mándaselo a las siete iglesias'" (Ap 1,10s); se expresa en el estilo de los antiguos videntes: en primera persona, apelando a la palabra del Espíritu, con reproches, amenazas, invitaciones a la conversión; pero en el centro de sus anuncios está "el que es 'el primero' y 'el último', el que murió y ha vuelto a la vida" (Ap 2,8); y concluye con una firme declaración sobre el origen sobrehumano de sus previsiones: "Estas palabras son ciertas y auténticas, y el Señor Dios de los espíritus de los profetas ha enviado a su ángel a mostrar a sus servidores lo que va a suceder enseguida. Voy a llegar enseguida. Dichoso el que guarda la profecía de este libro" (Ap 22,6s).

3. PROFETAS "ASAMBLEARES" Y DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS. Los textos neotestamentarios, además de estos personajes específicamente mencionados, nos informan también sobre un fenómeno más genérico de profecía y nos advierten de la necesidad de un atento discernimiento.

En 1Cor san Pablo nos habla varias veces del carisma de la profecía en conexión con las asambleas litúrgicas: "El hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra a Cristo, que es su cabeza. Y la mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra al marido, que es su cabeza" (1Cor 11,4); "A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el bien común..., a uno el don de hacer milagros, a otro el decir profecías, a otro hablar lenguas extrañas... Todo esto lo lleva a cabo el único y mismo Espíritu, repartiendo a cada uno sus dones como quiere" (1Cor 12,7-11); "Buscad el amor; aspirad a los dones espirituales, pero sobre todo el don de profecía" (1Cor 14,1).

Se trata de uno de tantos dones gratuitos del Espíritu de Cristo, que actúa en su Iglesia, que sirve para la edificación y el perfeccionamiento de toda comunidad cristiana (1Cor 12,12ss); tiene la función específica de confortar, exhortar y hacer crecer (14,3: "El que profetiza habla a los hombres, los forma, los anima y consuela"; para "instruir a los demás": v. 19; para convencer a los increyentes: v. 24s).

El hablar inspirado, que es superior a la glosolalia, es decir, a un lenguaje desconocido que sirve sobre todo para el coloquio personal con Dios (1Cor 14,4-6), era muy estimado en las comunidades de la época; san Pablo dedica a ello todo el capítulo 14 de 1Cor para hacer su elogio y a la vez purificarlo de cualquier intemperancia. Siguen hablando de él con estima un siglo después el Pastor de Hermas (11 prec), Justino en el Diálogo de Trifón (n. 82: "El hecho de existir en nuestros días el don de la profecía entre nosotros, los cristianos, debería haceros comprender que aquellos dones que se encontraban en otro tiempo entre vuestra gente [los judíos] han sido ahora transferidos a nosotros"), y también Ireneo Adv. Haer. II, 32,4; III, 11,9.

Pero en otros pasajes, lo mismo del apóstol que del resto del NT, se recomienda insistentemente la vigilancia, la prudencia, un atento examen de cada una de las personas y de los mismos mensajes que se presentan como inspirados: es preciso conocer y saber aplicar los criterios de discernimiento recomendados por la experiencia de los siglos y de cada una de las asambleas cristianas: "No apaguéis el Espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo, y quedaos con lo bueno" (1Tes 5,19-21); "Queridos míos, no os fiéis de todos los que dicen que hablan en nombre de Dios; comprobadlo antes, porque muchos falsos profetas han venido al mundo... El que confiesa que Jesús es el mesías hecho hombre es de Dios; y el que no confiesa a Jesús no es de Dios" (1Jn 4,1-3).

Ahora todo vidente que declara que recibe y comunica mensajes del Dios vivo, cualquiera que sea el nivel al que pertenezca, deberá confrontarse con la revelación del Verbo eterno hecho "carne", con el misterio de su admirable inserción en la historia del hombre.

El criterio de la conformidad con la verdadera religión dada a conocer a lo largo de la historia veterotestamentaria deberá integrarse con la referencia más o menos explícita al designio del supremo Señor de "recapitular todo en Cristo" (Ef 1,10), de manifestar cada vez más "las inescrutables riquezas" del amor de Cristo (Ef 3,8) y hacer comprender "la anchura, la longitud, la altura y la profundidad" del mismo (v. 18), para que todos puedan "ser fortalecidos poderosamente por su Espíritu en orden al progreso de vuestro hombre interior" (v. 16) y "llenos de toda la plenitud de Dios" (v. 19) "para alabanza de su gloria" (Ef 1,12) y de su inefable bondad.

A esto tendían todas las iniciativas de Yhwh en la comunidad elegida y en sus auténticos mensajeros, y a esta meta sublime tiende la efusión del Espíritu de Cristo en su Iglesia, en sus ministros y en cada uno de los componentes de su cuerpo místico. Por la consonancia con esas realidades se podrá reconocer la genuinidad de todo espíritu que se confiese enviado de lo alto.

III. CONCLUSIÓN. Mirando ahora todo el fenómeno de la profecía como nos lo presenta la larga tradición judeo-cristiana, podemos deducir sintéticamente algunas conclusiones. "Deus nobis locutus est per prophetas": Dios se ha dignado hablar realmente a la humanidad por medio de sus mensajeros; su voz discreta pero poderosa, respetuosa de la libertad humana pero exigente, llevaba en sí el timbre de la trascendencia. Dios, por medio de ellos, se ha puesto en comunicación con el hombre, ha manifestado su vivo interés por todos los hombres, su solicitud por su respuesta de amor y por su consiguiente participación en su gloria. No es posible dudar seriamente de ello.

Pero se pueden distinguir varios niveles de manifestación profética:

- A) un nivel general, con el que Dios se revela en los acontecimientos y en los personajes de todo un pueblo y lo guía carismáticamente hacia la verdad;
- B) un nivel más específico con el envío de sus portavoces extraordinarios, como los grandes videntes del AT, y sobre todo su mismo Unigénito hecho visible, y los enviados directos de Cristo, testigos de su obra e investidos de su Espíritu, como fundamento perenne de su comunidad (a la vez "apóstoles y profetas");

C) un tercer nivel, con inspiraciones assemblearias ocasionales, es decir con mensajes aptos para exhortar, consolar y orientar de manera eficaz grupos o individuos de la comunidad cristiana para su plena maduración en el amor.

Todo el pueblo de Dios se nos presenta así bajo el influjo del Espíritu de Cristo en sus estructuras y en sus componentes, con la posibilidad inmediata de una palabra carismática, cuando sus miembros están abiertos a las manifestaciones especiales que el mismo Espíritu quiere suscitar; es preciso estar prontos y dóciles.

¿Ha hablado Dios también fuera del ámbito judeo-cristiano? ¿Sigue hablando también hoy? No hay ningún motivo para negarlo a priori. Ya se ha visto que el que habló por medio de los profetas es el Dios del amor y de la condescendencia infinita, deseoso de estar en diálogo incesante con sus criaturas racionales.

Lo que hizo con algunas de ellas en el pasado puede haberlo hecho también con otras y hacerlo en diversas épocas de un modo quizá inconcebible para nosotros. Donde haya indicios de ello, si queremos tener su convalidación sólo habremos de aplicar los criterios del recto discernimiento, ya comprobados por una experiencia milenaria.